

Un rostro en la multitud

FINAL 2

9

¡¡¡¡¡;AAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH
HH!!!!!!

Ekaterina se despierta por el impacto del terrible, tremendo grito que explota a su lado, junto a su oído izquierdo y dentro de su cerebro que buscaba el sueño. Tiembla entera. El estremecimiento invade su cuerpo; de cabeza a pies; sube y baja, sin parar. No es electricidad. No es energía vital. Más bien es terror. Terror absoluto.

Leonardo está sentado en la cama, bañado en transpiración, parece haber pasado por un sauna y, desde allí, haber caído de golpe de un lugar lejano, perdido.

“Está bien, está bien, está bien. Tuviste un sueño. Estás acá, conmigo”, atina a decir Ekaterina, con voz entrecortada. Insiste, repite, porque parece no haber reacción en Leonardo. Está con la mirada fija en un punto del horizonte, mucho más allá de la pared que está frente a la cama.

Ekaterina se levanta de un salto, incapaz de convencer a Leonardo de la realidad. No se despierta. Sus intentos se agotan; lo zamarrea, lo mueve, le da un par de bofetadas en la cara, con el dolor del alma en cada golpe. Se desespera.

Las ideas brillantes no llegan. Actuando por instinto, porque su mente es incapaz de procesar la situación, Ekaterina convulsiona. Los temblores se han adherido a su piel, interminables.

Antes de buscar ayuda afuera, Ekaterina camina hasta la cocina del departamento que habitan con Leonardo. Sin pensar, toma un balde de plástico que distingue en un rincón, al costado de la heladera. Llena el balde de agua y carga como puede ese peso hasta la habitación de la pareja.

Leonardo sigue sentado en la cama, los ojos clavados en un punto del infinito.

Ekaterina mide la distancia, se coloca en posición y tira el agua del balde con fuerza sobre el cuerpo de Leonardo.

Un estruendoso "SPLASH", producido por el líquido al chocar con la piel del hombre, retumba, domina el ambiente. Hay una confusión breve, momentánea. La instancia pasa volando, imperceptible. Leonardo comienza a gritar, enloquecido. Sin capacidad de sacarse el agua de encima, profiere una seguidilla de insultos interminables contra el mundo y sus alrededores, Ekaterina y todos sus antepasados.

Pero ella está feliz. Porque logró despertar a Leonardo. Las puteadas, la bronca, la mirada furibunda no son un problema. Ella sabe que va a poder acercarse, mirar al hombre que ama a los ojos y abrazarlo con fuerza.

Eso es exactamente lo que hace Ekaterina.

La pareja está empapada; una combinación de sudor, agua, terror y pánico. Hombre y mujer se unen en un abrazo sin tiempo. Se mantienen así mucho, mucho tiempo. Hay un lapso que debe transcurrir hasta que Ekaterina se convenza, sepa, sienta en su piel que están dadas las condiciones.

En ese momento, quiere hablar, decir palabras que Leonardo necesita escuchar. Transmitir, de la manera más dulce y amorosa posible, que cualquier cosa que pueda haber pasado en forma tan vívida y tan estresante por su mente fue un sueño. Finalmente, ni más ni menos que un sueño. Una pesadilla, quizá, pero parte del sueño. Que es una suerte que hayan podido despertar los dos juntos. Que ahora todo está bien.

La mente de Leonardo no quiere recordar. No puede soportar la idea de poner en palabras las pocas cosas, los restos que quedaron latentes cuando despertó. Lo único que quiere es estar con Ekaterina y cuidarla como un tesoro por el resto de su vida. El tesoro más precioso que existe en este mundo.